

# LIBROS



> Luciano G. Egido

• **Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre de 1936**

> LUCIANO G. EGIDO

• **La fiesta vigilada**

> ANTONIO JOSÉ PONTE

• **Itinerario del intruso o para qué me sirvió el cáncer**

> JULIO DERBEZ

• **Poder terrenal. Religión y política en Europa: de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial**

• **Causas sagradas. Religión y política en Europa: de la Primera Guerra Mundial al terrorismo islamista**

> MICHAEL BURLEIGH

• **Historia de la vida cotidiana en México. Siglo xx**

> VARIOS AUTORES

• **Zimbabwe**

> EDUARDO PADILLA

## BIOGRAFÍA

# Los últimos días de Unamuno



**Luciano G. Egido**  
**Agonizar en Salamanca. Unamuno, julio-diciembre de 1936**  
Barcelona, Tusquets, 2006, 296 pp.

La escena ocurrida en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, ese 12 de octubre de 1936, cuando don Miguel de Unamuno dio al traste con la Fiesta de la Raza a la que había sido invitado en representación del generalísimo Francisco Franco, es uno de los momentos emblemáticos del siglo XX. Garrapateada en el reverso de una carta que llevaba consigo y que le había escrito la suplicante mujer de un pastor protestante por cuya vida no pudo interceder, la intervención de Unamuno contiene y conjuga el drama entero de los intelectuales fascinados y repelidos por la tiranía moderna. Famoso por

su admonición central –“vencer no es convencer”– y más célebre aun por la respuesta luciferina del general Millán Astray, que golpeaba la mesa con su única mano hasta que pudo interrumpir al filósofo y gritar “¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!”, el discurso de Unamuno es una frontera en el tiempo, el momento en que los académicos decimonónicos, de alguna manera inocentes en su adicción erudita por Marx o por Nietzsche, se descubren culpables y empiezan a vivir agónicamente, como diría el propio Unamuno. Del paraninfo salió el autor del brazo de Carmen Polo de Franco para morir apenas ochenta y tantos días después, el 31 de diciembre. 1936 no fue cualquier año: se iniciaban la guerra en España y las purgas en Moscú.

*Agonizar en Salamanca*, del novelista salamantino Luciano G. Egido, es un libro que va camino de convertirse en la obra clásica sobre la sorprendente agonía de Unamuno, su lucha, victoriosa al fin, por justificar toda su paradójica filosofía en un gesto imborrable que

lo colma de sentido.<sup>1</sup> Egido cuenta, y cuenta muy bien, ese último acto en la vida de Unamuno, en el cual será destituido dos veces como rector vitalicio de la Universidad de Salamanca: el 22 de agosto por la República, mediante decreto firmado por el presidente Manuel Azaña, y el 14 de octubre por el régimen sedicioso, que además lo hizo expulsar de la Universidad misma, del Ayuntamiento y del casino, adonde el viejo –se diría que Unamuno es el viejo por antonomasia– se presentó la tarde del 12 de octubre y de donde lo echaron sus aterrados contertulios.

Hasta la víspera, Unamuno había colaborado de manera pública y entusiasta con la rebelión. El filósofo abandonó horrorizado la causa de la República cuando la vio desvirtuada por el Frente Popular, cuyas tropelías anticlericales le causaron un horror pánico originado, también, en el vehemente antimarxismo del viejo, y en su execración personalísima de la persona de Azaña, a quien llegó a recomendar el suicidio como acto patriótico. La Segunda República representaba para Unamuno la anarquía de las masas, el dominio de Bakunin, la consumación del nihilismo que ex-

<sup>1</sup> Una primera edición de este espléndido libro apareció en 1986. No sé por qué los editores, en todas partes del mundo, se empeñan crecientemente en engañar a los lectores, vendiendo como primicias libros que no lo son. Como si la reedición no fuera en sí misma una recomendación de la obra...

traviaba al español, el culmen de sus dolores, una afrenta íntima.

En el motín africano del 17 de julio creyó ver Unamuno un pronunciamiento a la usanza de aquellos del siglo XIX que habían coloreado su infancia en el País Vasco. Pero se despertó bien rápido de su sueño don Miguel, tal cual lo sugiere Egido, y se acicaló para recibir en la cara el golpe helado del nuevo siglo, de sus persecuciones y matanzas inverosímiles. Ya en abril de 1933, ciertamente, Unamuno había predicho su propio destino con tanta clarividencia que no es dudoso suponer que le habría echado una mano: “El que tenga fe en el espíritu, es decir, en la libertad, aunque perezca también ahogándose en el torbellino de la contrarrevolución, podrá sentir, en sus últimas boqueadas, que salva en la historia su alma, que salva su responsabilidad moral, que salva su conciencia. Su aparente derrota será su victoria.”

Con el nervio de los buenos libros breves, entre los que resalta *Los últimos días de Kant*, de Thomas de Quincey, como modelo de la biografía que se ocupa de dilatar al máximo los meses, los días y las horas, Egido registra la mudanza en el paisaje del alma de Unamuno. En agosto, en carta a un amigo belga, el escritor se acusa filosóficamente de aquello que había criticado desde la primera página de *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1913), de haber deseado “salvar a la humanidad sin conocer al hombre”.

Mientras el autor bendecía públicamente a Franco—quien, a diferencia del general Emilio Mola, le fue simpático hasta el fin—, la prensa republicana fue pasando del azoro a la indignación y el 21 de agosto un antiguo amigo suyo, el escritor soviético Ilya Ehrenburg, lo maldecía en un artículo que dio la vuelta al mundo. Pero junto a las abominaciones públicas empezó a trabajar la conciencia, la mala conciencia, de Unamuno, que a diferencia de otros tantos intelectuales comprometidos (los *bunos* y los *botros* dirá él mismo, refiriéndose a los marxistas y a los fascistas) se fue quitando la venda de los ojos y, cuando

pudo ver, lo invadió la cólera. En la correspondencia cotidiana y a través de entrevistas personales, Unamuno expresa la repugnancia que le causa la creciente represión en la retaguardia, la furia antiintelectual de los falangistas y aquella sed de sangre que, en su testimonio, se mostraba con escándalo en las “vírgenes solteronas” que se presentaban, ganosas, a presenciar las ejecuciones de republicanos, liberales, masones, socialistas y comunistas. En esas fechas se entrevista el filósofo-poeta con Franco, entonces pertrechado en Salamanca, y le pide clemencia para algunos inocentes. A tiempo se dio cuenta, él que había predicado la guerra civil de las conciencias y que por ello se sentía mortalmente culpable, de que la guerra de los nacionales no era contra el bolchevismo, sino contra el liberalismo.

Después del acto en el paraninfo, los insultos contra Unamuno cambian de bando y son tantos y tan crueles como los lanzados semanas atrás desde el bando republicano. El fascista se transforma en rojo y aquel que traía “la infección del medievo en su sangre reaccionaria” se convierte, de un día para otro —y vaya día—, en la personificación del encubierto y del encubridor, del hipócrita y del falso amigo, “el pseudointelectual liberal masónico”. Los falangistas llamaron a despojar al anciano de su propia filosofía. José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador que Unamuno había combatido en los años veinte, consideraba como propio y nutrió el pensamiento de Unamuno.

El mérito de Egido, en *Agonizar en Salamanca*, no es tanto la reconstrucción de los hechos, sino la puesta en escena del drama que se desenvolvía en la mente del escritor vasco durante los días posteriores al 12 de octubre. “Yo soy liberal; yo no puedo combatir al liberalismo; yo no puedo cambiar mi liberalismo por ninguna de las zaramojas de ahora —le dice a un amigo falangista—; me acongoja el porvenir de la inteligencia entre nosotros. Aunque el mundo entero se orientase a favor de los regímenes antiliberales, por eso

mismo yo sería liberal, cada vez más liberal ¡Cómo iba yo a colaborar en la doctrina fascista en España!” “Estoy solo como Croce en Italia”, le dice a otro. Pide al nuevo rector de Salamanca que le mande un bedel en busca de los libros tomados en préstamo a la biblioteca universitaria. No los quiere devolver personalmente para no exponerse al ridículo o ultraje de verse seguido en la calle por el policía que le han puesto en la puerta de su casa. A un corresponsal le explica que “el grosero catolicismo tradicionalista español apenas tiene nada de cristiano...”

Se murió Unamuno mientras platicaba con un discípulo, y murió en estado de perfección y por más que su publicitada egolatría (o yoísmo) hubiera soñado ese desenlace, nada, sino esa intrahistoria a la que él se confió, habría podido prefigurar un final tan noble.

Se pueden leer muchas cosas acerca de Unamuno, sobre el melodrama de la excepcionalidad ibérica, el trance del católico que no se atrevió a ser protestante, sobre el desprecio contemplativo de la ciencia y el quijotismo evangélico, la dudosa calidad liberal de su liberalismo y sobre su equívoco lugar, primero en la izquierda y luego en la derecha. Pero nadie, ninguno de los intelectuales que atravesaron los años treinta del siglo XX, llegó tan puntualmente a la cita y ningún otro hizo tan bien lo que tenía que hacer como Unamuno. Ya se escribirá su gran biografía, esa que siempre nos hace falta para poner a juicio el sentimentalismo y la retórica obsequiosa que su figura atrae y cultiva. Mientras llega ese libro, *Agonizar en Salamanca*, de Luciano G. Egido, es una respetuosa estela en su memoria. Muerto Unamuno, dijo José Ortega y Gasset en su nota necrológica, se impuso en España un silencio atroz. El mismo silencio que cubriría Europa, de este a oeste, durante los años que siguieron. Podría decirse que aquel silencio comenzó tan pronto como callaron a Unamuno en Salamanca. —

— CHRISTOPHER  
DOMÍNGUEZ MICHAEL

## LITERATURA

### La fina resistencia



**Antonio José Ponte**  
*La fiesta vigilada*  
Barcelona,  
Anagrama, 2007,  
239 pp.

“En cuanto al ‘comandante Fidel’, el señor don Castro, élévese simplemente a la décima potencia a Machado, el ‘burro con garras’ que dijo Mella, y ahí lo tienen, ahí tienen al tirano de los tiranos en este continentucho de tiranos, al máximo criminal, el energúmeno, el granuja, el carcelero, el cancerbero”, escribió alguna vez Fernando Vallejo.

De esta furia tiranocida está desprovista la obra del cubano Antonio José Ponte. Aunque disidente, el hombre no desespera ni compone rabiosos panfletos contra el déspota. Pese a haber vivido hasta hace apenas unos meses en La Habana, no delira ni asesta golpes distraídamente. Por el contrario: quienes lo han leído suelen destacar, casi sin falta, su contención y elegancia. Lo mismo en la novela que el ensayo, la poesía o el relato, Ponte (Matanzas, 1964) es un mesurado: escribe una prosa templadísima, como si su celda no fuera un infierno sin aire acondicionado.

Lo contrario es mentira: aunque reservado, Ponte no claudica. Sin recurrir a la estridencia de un Reinaldo Arenas, se opone con firmeza al régimen. Es un disidente atípico: sin escándalo y, hasta hace unos meses, también sin visa. Dentro de la isla Ponte resistía: no a gritos ni construyendo, con su obra, una realidad otra. Escribiendo, sencillamente. Finos poemas y relatos y ensayos. Todos atados a la desvenecada situación cubana. Casi todos fijos en un puñado de temas: los cubanos que se exilian y los que se

quedan, las ruinas habaneras, la diaria desgracia de soportar al tirano. Aunque ajena al emblemático barroquismo de la tradición cubana, su obra sólo puede ser leída en relación con la isla: está en tensión con toda ella.

La fina resistencia. Si un libro de Ponte ilustra impecablemente este oxímoron, ése es *La fiesta vigilada*. A caballo entre la narrativa, el ensayo y la confesión, esta obra es, acaso, su temprana *summa*. No supone un viraje sino una vuelta, refinada, a sus temas habituales. Cuatro apartados y cuatro asuntos: la incómoda existencia de los escritores en Cuba, ya revisada en *El libro perdido de los origenistas*; la extinción de la fiesta en la isla; las ruinas de La Habana, presentes también en sus relatos de *Cuentos de todas partes del imperio* y *Corazón de Skitalietz*; y la policía comunista. Todo, sobra decirlo, referido grácilmente.

Afirmaba Severo Sarduy que su obra no era otra cosa que una “inscripción de su paso por la Era Lezama”. Si uno atiende la prosa de Ponte, esa era ha expirado. Nada queda del delirio verbal de José Lezama Lima en su estilo ni, para ser estrictos, en el de otros autores cubanos contemporáneos (José Manuel Prieto, Rolando Sánchez Mejías, Pedro Juan Gutiérrez). La celebrada voluptuosidad de la cultura cubana —que llenó de penes la obra de Arenas y de risas la de Guillermo Cabrera Infante— ha devenido, en Ponte, una desencantada lucidez. El hombre no canta ni, cosa rara, despotrica. Antes que denunciar, documenta la lenta, desesperante erosión del régimen. Más que un sedicioso, es un agonista. Por ello, para atisbar las ruinas, es tal vez que permaneció en la isla cuando sus colegas huían. También por ello es que ordena y conserva celosamente, en *El libro perdido de los origenistas*, los despojos de la propia Era Lezama.

Hablar de un estilo es hablar de un temperamento. El de Ponte sorprende porque, aun expuesto al candente sol del malecón, no es típicamente caribeño. Al menos mientras escribe, Ponte no baila sonos ni factura páginas atestadas de luz. Algunos críticos han

querido ver en él, erráticamente, a un autor casi centroeuropeo (como si fuera imposible encontrar un temperamento templado de este lado del océano). Lo cierto es que Ponte, su prosa, no resiste el abuso de sol y ruido y juerga. Ante el escándalo tropical opta, regularmente, por el encierro y la contemplación, casi pasiva, de los espacios. Sus cuentos, que reflexionan repetidamente sobre la arquitectura de La Habana, suelen ocurrir a la sombra, en una barbería, el vagón de un tren o el baño de un aeropuerto.

(La templanza de Ponte se ha apuntado recientemente otro tanto. Mientras el mundo besa solícitamente el trasero de García Márquez, Ponte resiste con tesón. Alguna vez, en una entrevista, señaló lo obvio: basta leer en paralelo *Cien años de soledad* y *Pedro Páramo* para ver de qué lado descansa la literatura. No extraña: García Márquez ofende a aquellos que procuran la sombra.)

Debemos al temperamento de Ponte un retrato impasible, casi mecánico, de Cuba. Como no participa del carnaval, tampoco registra aquellos gestos y risas que otros utilizan para justificar la dictadura. Imposible decir después de leerlo: viven oprimidos, sí, pero cuánto se divierten. Demasiado lúcido como para distraerse con la falsa fiesta, Ponte retrata a la dictadura como lo que es: una dictadura. Lo mismo en sus cuentos que en *La fiesta vigilada*, el régimen aparece reducido a su esencia tiránica, sin su rebaba tropical. Una dictadura —insinúa Ponte, también resistente a la metáfora— es una dictadura es una dictadura. Al proceder de este modo se desmarca de aquella tradición cubana que Rafael Rojas estudió en *Un banquete canónico*, afanada en descubrir lo específicamente cubano. Ponte marcha en sentido contrario: revela lo que hay de universalmente atroz en la experiencia cubana.

Construir tópicos, imágenes, eso sugería Baudelaire. Ponte parece obedecer esta sentencia. Para criticar al régimen no se vale de la jerga de las ciencias sociales ni extrema, como los barrocos, el lenguaje con el fin de saturar y superar la lengua oficiosa. Persigue más bien imágenes, construye alegorías capaces

de decir la realidad cubana. Una de ellas es común a toda su generación: los viajes estudiantiles a Rusia y demás países comunistas. Otra imagen es ya sólo suya y es acaso el elemento distintivo de su obra: las ruinas. Los cascados restos de La Habana vieja. Los escombros de la utopía socialista. Los despojos, aún con vida, del exhausto tirano. Todo esto coincide en la obra de Antonio José Ponte. Todo advierte: este régimen, como las ruinas, fue ya vencido y sin embargo persiste. Apenas. —

— RAFAEL LEMUS

## SALUD

### Quirón en Chimalistac



**Julio Derbez**  
**Itinerario del intruso o para qué me sirvió el cáncer**  
México, Turner/Ortega y Ortiz, col. Cuadernos de Quirón, 2006, 145 pp.

En *La enfermedad como metáfora*, Susan Sontag dice:

Toda persona que nace tiene doble ciudadanía, en el reino de los sanos y en el reino de los enfermos. Aunque todos preferimos usar solamente el pasaporte bueno, tarde o temprano cada uno de nosotros está obligado, al menos por un episodio, a identificarse como ciudadano de ese otro lugar.

*Itinerario del intruso o para qué me sirvió el cáncer* de Julio Derbez es la crónica personalísima de una naturalización forzada hacia la segunda ciudadanía; de la forma valerosa en que el autor supo asumir su nueva identidad como enfermo sin perder jamás su pertenencia vital al reino de los sanos. Es esa fortaleza —no sólo física sino ante todo emocional— la que permite a Derbez adoptar, en pala-

bras de la propia Sontag, “la forma más sana de estar enfermo”.

La salud debe dejar de verse como un espacio ajeno a la cultura de una sociedad. De hecho, es un tema central de esa cultura, en tanto que ofrece marcos explicativos para entender la experiencia humana desde el nacimiento hasta la muerte. Por ello, es tan sólo natural el interés que ha tenido la Secretaría de Salud en abrazar un proyecto como el de los “Cuadernos de Quirón”, una colección de libros pensada como punto de encuentro de voces tradicionalmente confinadas a su propio ámbito: la voz del médico y la del enfermo.

El *Itinerario del intruso* de Derbez cuenta la historia del notable desarrollo positivo de la enfermedad del autor. El cáncer pulmonar de células no pequeñas tiene, en la mayoría de los casos, una evolución muy agresiva. Y hoy, más de un año después de que se le diagnosticara esa dolencia, el autor de este relato no sólo está entre nosotros, sino que se ha reincorporado plenamente a sus actividades como periodista, y vuelve a nadar con vigor y aspecto renovados en las agitadas aguas de la vida política y cultural mexicana.

Es posible adelantar una respuesta parcial y arriesgada a la pregunta sobre las razones de una curación exitosa: buena parte de la diferencia radica en la personalidad del propio Derbez.

No cabe duda de que el paciente recibió una excelente atención médica y que los avances recientes de la tecnología, en especial el *gamma knife*, obraron, literalmente, milagros. Pero hubo aquí otro ingrediente que le permitió a Derbez dejar de ser un caso más, como tanto le insistió su amigo Juan Pablo Méndez, para convertirse en el personaje central de una historia de excepción.

Ese ingrediente clave fue una mezcla de rasgos de personalidad que hicieron del autor de este libro conmovedor un motivo de interés, preocupación y cariño por parte de todos los que lo trataron, convirtiendo lo que prometía ser una buena atención en una atención médica también excepcional. Su don de gentes rompió, una y otra vez, el hielo

de la difícil relación médico-paciente. Su poder de persuasión permitió que sus oncólogos se mostraran dispuestos a incursionar en los poco conocidos dominios de la medicina hiperbárica. Su serena compañía hizo posible que muchas de las más trascendentes decisiones relacionadas con su tratamiento se tomaran disfrutando del entorno, más humano, de Tepoztlán. Sus agudos comentarios vencieron la resistencia de sus distintos médicos para consultar con sus colegas en momentos de duda.

Con su carisma, Derbez liberó a los médicos de sus almidonadas batas blancas y, casi en una reversión de papeles, los movió a utilizar toda su calidad humana para ayudarlo en aquel difícil trance. Y al hacerlo, quién iba a decirlo, los médicos ampliaron sorprendentemente las posibilidades de curación de su paciente.

Así, gracias al *Itinerario del intruso*, vemos al director de una conocida clínica del sur de la ciudad de México cerrando las cortinas del cuarto de Derbez para hacerle saber a las enfermeras que lo atendían, con ese simple gesto, que ese paciente merecía —como todos— el mejor de los cuidados. Somos testigos de cómo el cirujano, él mismo convaleciente de una cirugía, atraviesa el peor de los tráficos para hacerle una consulta domiciliaria, un evento en extinción en esta ciudad imposible. Escuchamos a una conocida radioterapeuta —“dura científica de suave corazón”— transmitirle a Derbez su tristeza porque a estos especialistas, tan importantes en el proceso de atención, suelen olvidarlos sus pacientes. Y vemos a uno de los más afamados oncólogos de este país prometerle a Derbez una visita en un hospital que no es el suyo, violando con ello una de las reglas no escritas de la feroz competencia entre los médicos. ¿Quién puede presumir, a principios del siglo XXI, en la ciudad más transitada del planeta, que tiene a sus médicos a su alcance, incluso al pie de su cama?

No se trata de restarle méritos a los doctores que atendieron a Derbez. Por el contrario, hay que suponer que, desde que los conoció, identificó en ellos

las habilidades y el carácter necesarios para conjurar su terrible enfermedad. Sin embargo, después de leer este libro no se puede sino concluir que todos sucumbieron al encanto de un enfermo que, después de librar la batalla más dura de su vida, se despierta cantando a José Alfredo, y caer en la cuenta de que fue ese espíritu inteligente y lúdico lo que potenció el proceso de curación.

El *Itinerario del intruso* no pudo haberse escrito en mejor momento. La necesidad de la calidez en la atención médica es un fantasma que recorre los pasillos de todos nuestros centros de salud. Este libro nos muestra, en una situación particularmente dramática, lo importante de esta apuesta. Nosotros nos quedamos, entre otras, con esta lección: la calidez en la relación médico-paciente fluye en una calle de dos sentidos que puede llevarnos a destinos inimaginables. Las recompensas para los proveedores de servicios de salud pueden ser enormes, como bien lo señala Anatole Broyard en el ensayo “El paciente examina al doctor”:

Al aprender a hablar con sus pacientes, el médico puede recuperar el amor por su trabajo. Tiene poco que perder y todo por ganar al dejar entrar a la persona enferma en su corazón. Si lo hace, puede llegar a compartir, como pocos otros lo hacen, las maravillas, los terrores y las emociones que se encuentran en los límites del ser. (*Intoxicated by my Illness.*)

Julio Derbez cierra un triángulo de riqueza comunicativa integrando a los lectores en la conversación, lo que sin duda es también un acto terapéutico. El agudo observador de la realidad mexicana se observa a sí mismo y enriquece de esa manera su propia vida.

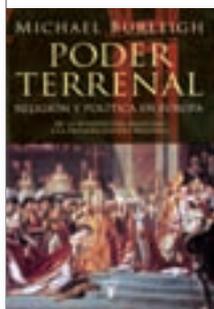
Mariana Frenk-Westheim —abuela de uno de los que esto escriben— vivió hasta los ciento seis años. Cuando se le preguntaba sobre la razón de su longevidad, ella respondía con un dicho budista: “Si caigo siete veces, ocho veces me levanto.” Para Mariana, la clave de la vida no radica en la ausencia de adversidades,

sino más bien en la capacidad de repone-erse a ellas buscando las lecciones que nos permitan salir adelante, enriquecidos. Éste es el significado profundo del subtítulo del libro: “Para qué me sirvió el cáncer.” En lo mucho que Julio Derbez ha aprendido nos ha enriquecido a todos: se ha levantado ocho veces. —

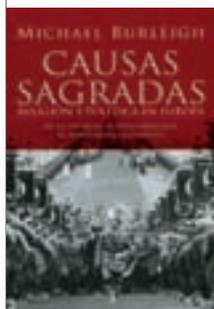
— JULIO FRENK  
Y OCTAVIO GÓMEZ DANTÉS

## HISTORIA EUROPEA

### Más es menos



**Michael Burleigh**  
**Poder terrenal. Religión y política en Europa: de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial**  
México, Taurus, 2006, 600 pp.



**Id**  
**Causas sagradas. Religión y política en Europa: de la Primera Guerra Mundial al terrorismo islamista**  
México, Taurus, 2007, 640 pp.

## PODER TERRENAL

En el epicentro de una sociedad democrática se acusó de impiedad religiosa a Anaxágoras, Sócrates y Aristóteles porque sus doctrinas se oponían a las creencias de la mitología oficial. Pericles salvó a Anaxágoras del cadalso, Sócrates apuró la mortífera cicuta, y Aristóteles se exiló para impedir a los atenienses un nuevo crimen contra la filosofía. Por una confusión entre política y religión, los gobernantes desestimaron apologías y argumentos. Y en carne propia, fueron los filósofos quienes padecieron las primeras emboscadas de este galimatías

hoy bien conocido: la ambición política en sotana, y el coqueteo político de la religión.

Pasados los siglos y milenios, estos quebrantos desempeñan todavía un papel decisivo en la manera como entendemos la historia: tras el septiembre neoyorquino siguen retumbando en la conciencia planetaria las aleyas del *Corán*, con todas sus repercusiones en los espectros político, social y académico. En esta coyuntura, el profesor Michael Burleigh ha estudiado los sucesivos amasijos y divorcios de la política y las confesiones cristianas durante los últimos dos siglos. En *Poder terrenal* inquiera la religiosidad civil decimonónica, que se espesa sobre todo en los mitos y monumentos del Estado-nación.

Religión y política son vasos comunicantes, qué duda cabe. Pero Burleigh va más allá al destacar cómo las políticas europeas radicales se han transformado en silabarios religiosos, y cómo diversas formas religiosas del cristianismo se han escrito en alfabetos políticos. A caballo entre la historia de las ideologías europeas más nefandas y las principales concepciones cristianas, *Poder terrenal* rastrea el concepto *comunidad sentimental*: donde haya “una comunidad sentimental en la que la resonancia emotiva [sea] la norma” (p.15), allí habrá un foco religioso, y por tanto, una pulsión política.

Según Burleigh, todo esfuerzo por extirpar la religiosidad —sea un instinto individual, sea la amalgama sentimental de la sociedad— es un mero ejercicio de sustitución. Los intentos históricos por desterrar la religión de la vida pública desembocan en la paradoja de convertirse ellos mismos en dogma y observancia, incluso si su atmósfera natural fuera el ateísmo. Así, los empeños por despojar a los pueblos europeos de sus creencias religiosas han hecho proliferar los sucedáneos civiles: jacobinismos, fascismos.

Burleigh muestra el desarrollo de las “religiones políticas o seculares”, cuyo arco se extiende desde Tomasso Campanella —quien acuñara la expresión— hasta Eric Voegelin —quien la popularizara.

El dilatado siglo que se prolonga entre la Revolución Francesa y la Primera Guerra Mundial hundió sus raíces en las aguas del protestantismo cultural y recibió las tormentas ácidas de la industrialización. Como los filósofos acusados en la antigua Grecia, también la modernidad libró una batalla intelectual en el campo políticorreligioso. Burleigh da cuenta tanto de la secularización europea posterior a la Revolución Francesa como de las mitologías civiles sustitutivas de los credos católico y ortodoxo: la parafernalia jacobina, los mesianismos políticos, los altares patrios, el socialismo utópico, la anarquía violenta, y otras expresiones que a lo largo del XIX forjaron o blindaron, según el caso, “comunidades sentimentales”, salvo los breves respiros espirituales de la Restauración y el Romanticismo.

*Poder terrenal* se antoja menos de pluma anglosajona que de una continental. Si bien su arquitectura es sólida, molesta al lector descubrir la infraestructura desnuda de la investigación, mal disimulada. Por ello resultan innecesariamente exuberantes muchas de sus páginas. La erudición de Burleigh reluce en el manejo de los grandes temas e incluso en las ilustraciones, ora cotidianas y actuales, ora cultas y refinadas, pero es también un caballo desbocado que lo deja a uno molido. La inserción de biografías, la recensión de tratados o textos literarios y la multiplicación de pequeños relatos ahogan aquí y allá los argumentos. Donde uno querría encontrar motivos, el autor acumula anécdotas —se sabe de antemano que un libro de carácter general como éste es sólo un otero, pero aún así fastidia atisbar una jungla de ejemplos en lugar de una llanura discursiva.

### CAUSAS SAGRADAS

Si *Poder terrenal* revela una malhadada cojera, Burleigh se desnorta en *Causas sagradas* hasta romper el proyecto original: exhibe más su capacidad investigadora, compiladora y descriptiva, y menos la agudeza de su ingenio o la fuerza de su imaginación. A pesar del desierto de multiplicar *ad infinitum* las historietas, el primer volumen defiende una tesis cen-

tral; al segundo, en cambio, le falta su columna vertebral. *Collage* de anécdotas, primero de opiniones blandas, poso de lugares comunes, la exuberante información de *Causas sagradas* desafía más los archivos electrónicos de *Wikipedia* que una lectura inteligente o, al menos, exigente. Aunque ya al inicio prometa revisar “la politización de la religión” y “la sacralización de la política” (p.18), el autor sencillamente se ocupa de amasar todos los momentos en que religión y política se (des)encontraron los últimos noventa años... cristeros incluidos.

Después de varios cientos de páginas, el estilo pauljohnsonesco se torna monocorde. Si bien esto conlleva una lectura veloz, el campechanismo del historiador llega a irritar, como cuando con rigor desajustadamente académico —eso pretenden las innumerables anotaciones y referencias bibliográficas— califica a Primo de Rivera de “dirigente *playboy*” (p.177) o nos cuenta que a propósito de los ataques al *World Trade Center* estuvo 36 horas continuas frente al televisor (p.529). Viene entonces al dedillo el oxímoron de Mies “Menos es más”, en cuanto menos desenfado y menos digresiones habrían pulimentado el trabajo.

Autor de varios libros sobre la Alemania nazi, no sorprende que Burleigh dedique la primera mitad de éste al mismo tema. Pero sí sorprende que otorgue pocas páginas al proyecto prometido de mostrar la deificación del Estado nacionalsocialista (lo cual había ensayado ya en *The Third Reich: A New History*, 2001), y prefiera analizar por extenso las críticas de las iglesias a la barbarie hitleriana y a los antisemitismos nazi, de Vichy y otros más al este. Entre las complicadas marañas decimonónicas había hecho descollar ya la figura de León XIII, y ahora se torna un cuasi apologeta de Pío XII y de los bríos vaticanos contra el nazismo y el estalinismo. Esta aproximación al pontífice Pacelli y su tiempo resulta llamativa, pues el agnosticismo confeso del británico Burleigh no le impide ocultar sus simpatías por la Iglesia Católica.

La otra mitad del texto versa sobre la Guerra Fría y la caída del marxismo, la época del 68 y sobre el terrorismo,

sea nacionalista europeo (IRA, ETA), sea del fanatismo islámico. El tono híbrido entre un academicismo vago y un periodismo de sensación se mantiene incólume, es decir, la lectura resulta *interesante*, en el sentido más laxo de la palabra. Antes de concluir se plantea una serie de preguntas abiertas para el futuro de Europa, el albergue de quince millones de musulmanes (el tres por ciento de la población), suficiente para que reciba el mote de *Eurabia*.

Los filósofos griegos fueron los primeros en sufrir los embates de la confusión politicorreligiosa, viva incluso en nuestras épocas a pesar del extrañamiento constitucional entre la Iglesia y el Estado en tantos países. Valdrá acaso la pena fijar de nuevo la atención en Francia, la nación primogénita de la Iglesia y la primera en apostatar, ante todo en el candidato presidencial que ha fantaseado un nuevo maridaje entre el trono y el altar, so presión de la media luna. Lo cierto es que en los días del preocupante terrorismo —esa confusión política, religiosa, mental... vital—, un ciudadano no puede prever si su muerte será inocente y socrática, si logrará escapar oportuna, aristóticamente, o si la periclea reacción policiaca le salvará el pellejo. —

— ENRIQUE G DE LA G

### HISTORIA

## Bitácora del pasado



Varios autores  
**Historia de la vida cotidiana en México.**  
Siglo XX  
tomo V, II vv.,  
coord. Aurelio de los Reyes,  
México, FCE/  
El Colegio de México, 2006.

Historia solía ser la de lo escaso; por ejemplo, un héroe. Hoy hay que narrar el pasado de lo cotidiano; por decir, un beso. La colección *Historia de la vida cotidiana en*

México, dirigida por Pilar Gonzalbo, comenzó a la alta en el 2004 con un excelente tomo, coordinado por Pablo Escalante, sobre el período prehispánico. En el 2006 vio la luz el tomo V, *Siglo XX*, publicado en dos volúmenes, ambos coordinados por Aurelio de los Reyes.

Es doble el reto de escribir la historia de la vida cotidiana: dar razón de lo que deja poca huella, y hacer sentir la cotidianidad del pasado en el presente. En lo que hace a la búsqueda de fuentes, el tomo V es afortunando: periódicos y revistas constituyen su principal abrevadero, pero también presenta imágenes, textos poco conocidos, sonidos difíciles de encontrar, historias orales y publicaciones populares poco estudiadas. Sin embargo, la historia de lo cotidiano también tiene que lograr, literal, una puesta en escena, así tal cual una toma cinematográfica de época, en la cual un teléfono o una solapa no delaten anacronismos. Aurelio de los Reyes es un lúcido historiador del cine y con atino propone al lenguaje cinematográfico como la

manera de capturar la vida cotidiana del México del siglo XX: una historia que incluya lo visual (fotografía, cine, historietas, grabados), lo textual (literatura y toda clase de fuentes escritas), el movimiento (el ir y venir, el hacer y quehacer comunes) y, finalmente, el sonido, innato al XX, siglo de la radio, la televisión, los acetatos y el cine.

De un guión así, en el mejor de los casos, resultaría una historia en movimiento, plena de ecos y reminiscencias. Los novelistas, ya sabemos, lo logran. Los cineastas también. Incluye los poetas: recuerdo el romance de Agustín de Foxá, franquista del segundo día, en el cual un hecho histórico importante —la ambigüedad popular ante la enfermedad de Alfonso XII— es contado en su cotidianidad, con imágenes, sonido, olores, guión y movimiento, así, como lo querría el historiador Aurelio de los Reyes:

Con plebeyez de tortilla  
olor de pescado frito  
faroles de gas borrachos  
y el manzanares podrido,  
el rey venía tosiendo  
tuberculoso, amarillo,  
a muerto oliendo sus manos  
y a naftalina el vestido.  
“¿Dónde vas, Alfonso XII?”  
cantan en rueda los niños  
“en un Escorial de rocas  
tengo una alcoba de cirios”  
(*Romance de Alfonso XII*, 1931).

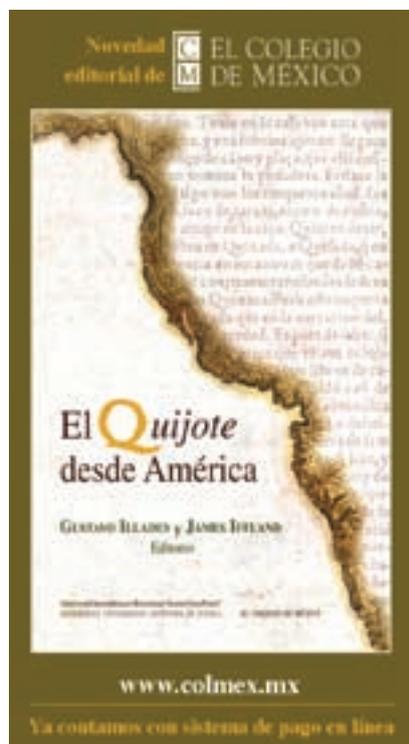
Es a esta instantaneidad, a un tiempo mundana y trascendente, a la que aspira la historia de lo cotidiano. Nada fácil.

No debe, pues, sorprender el resultado variopinto de los veinte ensayos del tomo V. Algunos logran su objetivo, otros no. Algunos son buenos resúmenes de la historiografía reciente. Otros entregan nueva información, citas y datos muy reveladores o simplemente lindos. Y otros realmente hacen sentir en este lector la cotidianidad, por ejemplo, de una vida vista a través de fotos y publicaciones de las asociaciones católicas femeninas de la ciudad de México

(Valentina Torres-Septién). Unos temas se repiten (moralidad, diversiones, familia), y otros faltan: ¿México cotidiano en el siglo XX sin deporte, sin la tele, sin las palabrotas de la calle ni las palabritas de un bolero?

No obstante, en conjunto, es un tomo sin duda valioso y de lectura necesaria. Debe ser arduo mantener la vara alta en estas multitudinarias empresas editoriales, y es mezquino que este lector afirme que el tomo V es más desigual que otros de la misma colección. Pero si ya lo dije, a cambio de mi mezquindad dejo estas recomendaciones.

El volumen uno, “Campo y Ciudad”, incluye varios ensayos sobre la ciudad de México y algunas excursiones interesantes a Veracruz y lugares poco socorridos por el historiador: el valle de Toluca o regiones de Nuevo León. También se presentan temas innovadores: la niñez, la violencia doméstica, la lucha por la tierra vista a través de la memoria local. Particularmente interesante es el ensayo sobre la vida campesina en las tropas zapatas; un trabajo que hace estupendo uso del valioso archivo de la palabra que hace décadas fue elaborado por el INAH. El autor, Felipe Arturo Ávila, teje sus preocupaciones académicas a la voz viva de los actores históricos y dibuja así la cotidianidad de la familia y la religión, la vida en los campamentos con el fantasma de la muerte a flor de piel. A su vez, la vida cotidiana obrera aparece analizada con lucidez por María Aparecida de Souza Lopes en un ensayo sobre la ciudad de Chihuahua. Éste es uno de los trabajos mejor investigados del tomo V, el lector aprende cuántos obreros y obreras, en qué industria, los salarios, los productos, la organización y disciplina industrial, así como el acceso al espacio privado de la creciente clase obrera de la ciudad. Por su parte, Roberto Hornelas entrega una necesaria incursión en los orígenes de la radio en México (entre 1900 y 1930), la cual incluye la historia de la tecnología, el lenguaje, la publicidad, la vida familiar alrededor



de la radio y los negocios propios de este artefacto: el actor primordial de la vida cotidiana en la primera mitad del siglo xx. Una investigación sólida y un tema importante que hubiera merecido, por ejemplo, otro ensayo dedicado a la música popular. Pero ni Agustín Lara alcanzó una mención en todo el tomo v, él que inició a generaciones en la glosa para hablar de y desde la calle, la alcoba y el burdel.

También en el primer volumen, Cecilia Greaves revisa los libros de texto en lenguas indígenas. Un aproximación más bien descriptiva, pero un tema que con el tiempo puede complementar la densa historia de la mestizofilia mexicana con la historia del multiculturalismo post 1990. Asimismo, Soledad González Montes presenta un estudio histórico y etnográfico de la violencia doméstica en Xalatlaco, Estado de México. Encomiable: si de la vida cotidiana se trataba, y en México, el tema tenía que ser incluido, la investigación de González Montes muestra cómo la transformación de las costumbres conlleva formas indeseadas de la traída y llevada resistencia popular: nada de *gemeinschaft* solidaria y unida contra el capitalismo, sino hombres desempleados y pobres que se aferran a sus privilegios masculinos ante la lucha por la supervivencia de las mujeres.

Lástima que aunque el tomo dedique varios ensayos a la disección de los roles femeninos y masculinos, se dejó fuera a las sexualidades subversivas, cotidianas como una mirada y un abrazo, y para cuyo análisis abundan fuentes historiográficas, literarias, gráficas e inclusive sonoras. Tengo para mí que los mexicanos perdemos cotidianidad sin los secretos a voces que van desde la prensa porfiriana sobre los 41, o desde los desmelenes de Salvador Novo, Porfirio Barba Jacob y Elías Nandino, hasta la popularidad de Juan Gabriel.

El volumen dos muestra un mundo de imágenes ricas en cotidianidad en las cuales coexisten lo mundano y lo sublime. El volumen levanta con un estupendo análisis de las caricaturas

producidas por la fábrica de cigarrillos El Buen Tono y la historieta *Mamerto y sus conocencias*. Además de que estas fuentes merecían historia, la autora (Thelma Camacho Morfín) examina las ramificaciones en los papeles sexuales, en la moral familiar y en la formación de espacios privados. Desafortunadamente, éste es el único ensayo del tomo v que roza el humor. La risa, estemos seguros, fue tan cotidiana como la coprolalia del campo y la ciudad. Pero es normal: no obstante Luis González y Edmundo O’Gorman, la solemnidad puede mucho en el mexicano oficio de historiar.

Alberto del Castillo revisa las imágenes de la niñez en la ciudad de México a principios del siglo xx. A través de la publicidad, el fotoperiodismo de investigación –los Jacob Riis mexicanos–, algunas fotos del conocido fotógrafo C.B. Waite y la nota roja, el autor construye una ventana poco usual para ver ese otro habitante por antonomasia de la cotidianidad: el niño, la niña. Otros ensayos analizan la cultura material en la publicidad del siglo xx y la introducción de los electrodomésticos en el hogar mexicano. La aspiradora Hoover y armatostes similares –han propuesto estudios de la historia estadounidense– liberaron a la mujer y constituyen uno de los factores para entender la epidemia de problemas cardiacos que, a partir de 1950, ataca a las gringas. En su ensayo sobre el tema, Álvaro Matute Aguirre, a partir de unas reveladoras imágenes de la película *Una familia de tantas* (1948), muestra que en el caso mexicano no hubo tal liberación. Para la década de 1970, sabemos, la epidemia cardiaca, y la libertad, afectaba más a las mujeres emigrantes, pero sólo en parte a la mujer trabajadora en México. Una historia cotidiana que merece lectura y seguimiento.

El volumen dos incluye también un interesantísimo ensayo sobre las imágenes del fotoperiodismo en la ciudad de México entre 1940 y 1960 (de Marcela González Cruz Manjarrez). El trabajo complementa los

valiosos estudios de John Mraz sobre Nacho López y los hermanos Mayo, sobre todo porque la autora tuvo acceso a la obra de Juan Gómez (Hans Gutman): un fotógrafo que logró imágenes invaluable de la ciudad de México, sólo comparables a las de López y a las de la estadounidense Helen Levitt –cuyo estudio y revaloración debemos a James Oles. Marcela González Cruz Manjarrez es adusta en el análisis, pero elocuente en la selección de imágenes; ellas hablan que da gusto.

El volumen dos remata con un ensayo de Aurelio de los Reyes sobre la disfunción social y la moral en el México posrevolucionario a la luz de algunos casos de mujeres asesinas y la historia del cine. En los dime y diretes alrededor de esposas o amantes asesinas, los roles sociales femeninos y masculinos se revelan con claridad inusitada, y de ahí el autor saca rutinas sociales duraderas sobre el honor masculino, la maternidad, la familia y la clase media; rutinas de la realidad que el autor luego pasa por el tamiz de la ficción de *Santa* (1932), *Allá en el rancho grande* (1936), *México de mis recuerdos* (1943), *Distinto amanecer* (1947) o *Doña perfecta* (1950), entre otras. Ser mujer u hombre en el México del siglo xx aparece, así, como un guión ya escrito y en lenta transformación. El autor es parco en referencias a la historiografía sobre los temas que trata, pero generoso en anécdotas y vivacidad. Y sí: las rutinas que revela parecen duraderas, e inclusive parecería que hoy, en un descuido de la pasión o la conciencia, podríamos acabar en Sara García o Fernando Soler. Un ensayo lleno de eso, de vida, de cotidianidad.

Más allá de las ausencias, repeticiones y desequilibrios, no son pocos los méritos del tomo v. Será de uso frecuente para escribir y enseñar historia. Más importante: tiene lo suyo para habitar la cotidianidad del lector sin cuaderno de notas. ¿Mejor destino para una *Historia de la vida cotidiana en México?* –

– MAURICIO TENORIO TRILLO

POESÍA

## Contra los leones



**Eduardo Padilla**  
*Zimbabwe*  
México, El billar  
de Lucrecia,  
2007, 84 pp.

El billar de Lucrecia ha puesto en las mesas de novedades una serie de poéticas raras, desacostumbradas en el panorama casero. Libros de poetas con bastante trayectoria, desde el barriobajero Washington Cucurto, hasta la tanatocoerótica Damaris Calderón, pasando por el culto y esquizofrénico Germán Carrasco, esta aventura editorial ha recalado en su más reciente entrega en un puerto que (confesémoslo) muchos de nosotros ni siquiera teníamos registrado en el radar: Eduardo Padilla, nacido canadiense y radicado en México, quien en este consistente primer título presenta una poesía esquiva pero no imposible, aleatoria pero no mecánica, arriesgada pero no vacía.

Aunque lo primero es una impresión: el libro no suena a español, parece haber sido escrito en un inglés, digamos, apenas traducido (“Necesitamos más gente como usted ¿sabe?”, podríamos imaginarlo en el guión de cualquier film policiaco serie b). La dicción del libro tiene una cualidad telegráfica, una ambigüedad gangsteril, una dureza que a altas temperaturas se vuelve inesperadamente maleable. O quizá el lector no debería esperar un uso literario del idioma en este libro.

Constructo postnarrativo que acierta cada uno de sus tiros al aire, *Zimbabwe* cuestiona una frágil realidad a la que nunca hay que darle la espalda (“He visto castillos de naipes/ estructuralmente más sólidos”), levantando, a partir de un *zapping* involuntario, un trance

nirvánico de la conciencia sin amarras. La percepción del poeta maximiza los pormenores (“el diablo está en los detalles”) y minimiza las estructuras para desplazarse errático, anárquico, entre la pedacería de su paisaje interior por métodos aleatorios, generadores de la entropía en que ciertas poéticas recientes parecen aposentarse: subordinación de frases, encadenamiento precario de imágenes, ideas y alucinaciones —el pensamiento viajando sobre su propia trayectoria irregular, irrecuperable, de escape— que terminan siendo ajenas a la propia inteligencia que las enuncia, relatos de una versión intermitente, metamórfica, digresiva de la realidad. “Supongo que eso explica, en parte, por qué aquí nadie/ nunca/ se atreve a andar en línea recta.”

Padilla arma el plano de sus referencias sobre el estrato de la cultura más popular, las frases hechas y el lenguaje de las ciencias exactas. Algunos ejemplos: A) el poema “Caribdis antes de la calvicie”: test donde el espectador intenta descubrir al culpable de un acto completamente banal que se va tornando metafísico, mitológico, enraizado, afín a la entropía de sus propias reglas; ninguna interpretación sobrevive al poema, ni se sostiene más allá de la lectura. B) “W.D. es filmado en Churubusco peleando hasta la muerte contra la Hidra de Hiroshima”: guión de ciencia ficción con tintes apocalípticos y autobiográficos imposible de filmar; texto impermeable a veces a su propio tema. C) “*Ping pong para jugar solitario*”: ensayo de talante ajedrecístico que deviene reflexión metafísica sobre la distancia mínima e inconmensurable que existe entre Rey y Reina y/o el sexo de un piojo. “Ni el objeto ni la acción son aquí nada (algo) más allá de sí mismos”, dice el poeta, dudando siempre de su materia verbal, del prestigio automático de lo pretendidamente poético, dirigiéndose al respetable para expresar sus reservas: “Ustedes desean ampliificación y resonancia./ De acuerdo,/ se entiende./ Pero dudo del potencial de esta ave”. Del potencial de las palabras, o de la propia percepción.

Todo es provisional, todo está a punto de ser sustituido. En estos poemas, sin embargo, la digresión encuentra en la página una forma misteriosa de resolución, una forma de orden no tan común como la lógica, otra forma de comprensión menos corriente que una relación causa-efecto.

Después de tanto llevar y traer las vanguardias, esgrimir las como arma de ataque y defensa, parece que sólo resta una cosa: reconocer que no estamos seguros si las escrituras que continúan su línea o la driblan lo hacen por arrojo creativo o por pura y simple inconsciencia. El caso es que cada vez todo resulta más neblinoso, más crí(p)tico, cada nueva premisa se descubre falsa, cada presupuesto resulta caduco al instante y se tambalea. La fragmentación da paso a la atomización. Luego aparece un poeta que rearma todo según su instinto, sin buscar un dibujo en el rompecabezas. Mundo extravagante, esquizoide, *collage* de sí mismo, palimpsesto errático, quizá igual —no es descabellado pensarlo— que era al principio.

Todo comienza en sus epígrafes elusivos, un poco fuera de lugar pero coherentes con el edificio al que sirven de mascarón de proa, de pistas para despistar: Gombrowicz (en lo general) y Williams (en lo particular), queriendo describir no un rastro, sino las excusas que el poeta encontró para justificar su viaje a la descomposición, ese territorio donde la poesía de Padilla retoza a sus anchas. En el ensayo-poema que cierra el libro, Antonio Ortuño (otro empírico del caos y lo raro, pariente cercano de Padilla) menciona que los cartógrafos romanos, al referirse a territorios ignotos (África entre ellos), argumentaban sus miedos en la siguiente precautoria: “Aquí hay leones”, como una forma de desalentar la exploración de lugares tabú: esa clase de territorios canibales, regiones del instinto y la aventura verbal donde “Somos libres y disparamos a discreción contra las letras” (es decir: contra los leones) y donde actuar sólo conforme a certidumbres resulta, por lo menos, vulgar. —

— LUIS JORGE BOONE